

FIJMAN

Por Juan José Delaney



El motivo por el que fui invitado a la conferencia del profesor John Anderson sobre la obra de Jacobo Fijman es un misterio para mí. No conocía yo a nadie de la institución organizadora ni a los circunstanciales editores del poeta, ni mucho menos al norteamericano Anderson. El desconocido que me envió la tarjeta no ignoraba, ciertamente, mi entusiasmo por *Molino rojo*, aunque no podía, de ningún modo, tener noticia de cierto episodio de mi adolescencia que hubiera dado indiscutible cuenta de mi interés por la extraña personalidad de Fijman. Aún recuerdo con bastante precisión la tarde de aquel sábado otoñal en que

movido, quién sabe por qué extraño impulso, abandoné mi siesta con la determinación de visitar al desconocido bardo, allá en el hospicio. Ningún motivo próximo existía para tan súbita resolución: no había estado leyendo sus textos recientemente ni su figura había ocupado mis últimas charlas de café: es por esto que sospecho y afirmo que lejano y secreto, y de ningún modo azaroso, fue el resorte que me llevó a abandonar mi casa rumbo al Neuropsiquiátrico. El encuentro fue breve. Encontré a Jacobo Fijman sentado en un banco del parque. Vio que me acercaba y sostuvo su mirada. Me senté a su lado y escuché: "Hace tiem-

Fui un desaparecido, el más ausente:
el juntador de formas.
Jacobo Fijman: *Cena*

po que te estoy esperando". Me pareció una frase significativa, o quizá la cargué de significado por ser la única. Después, el silencio y la mirada perdida o extasiada ante los umbrales del encuentro consigo mismo. Por esto y por la seducción de no pocas líneas de *Molino rojo* (no por *Hecho de estampas* ni mucho menos por el poemario dictado por el entusiasmo de su insólita conversión y que bautizó *Estrella de la mañana*), por todo esto, digo, sentí gratitud hacia quien se había acordado de mí y, naturalmente, estuve aquella noche en la Sociedad Hebrea para escuchar a John Anderson.

No había un gran auditorio (la breve sala no lo hubiera permitido), pero que más de cincuenta personas se reunieran para escuchar una conferencia sobre poesía es relevante. Como había ido solo, nada me costó conquistar un lugar estratégico, al lado de una de esas mujeres que concurren a este tipo de eventos porque no quieren ver pasar la vida desde la plaza. El público era heterogéneo: gente mayor, no pocos jóvenes y, si las gafas, barbas y libros no me engañaron, muchos intelectuales o seudo intelectuales. Pude observar que ciertas personas llevaban consigo libros de Fijman como si imaginaran que por algún milagro de la naturaleza el extraviado poeta hubiera de apersonarse.

Imprevisiblemente, John Anderson dio inicio a su disertación pasando revista a la sinuosa biografía de Fijman. Más de un cuarto de hora del tiempo prometido para examinar la poesía fue destinado a brindar una información que prácticamente todos los asisten-



tes conocíamos. En rigor, se trató de la parte más disciplinada del acto, porque, si bien poseíamos lo que el profesor repetía, no estaba de más recordar cómo la vida golpea muchas veces a los tozudos artistas que parecen encontrar en los golpes renovada fuerza para defender su vocación. Evocamos, entonces, su origen ruso, en 1898, y la decisión de la familia de venirse a la Argentina huyendo de la persecución antisemita; el asentamiento en Lobos, la radicación del escritor en Buenos Aires donde obtuvo el título de profesor de francés y su primera internación en 1921, en el Hospicio de las Mercedes; más tarde, la vinculación con Evar Méndez y el grupo de "Martín Fierro", hasta que en 1926 publicó *Molino rojo*; después, el viaje a París y, en 1930, su conversión a la religión católica y la publicación de *Hechos de estampas*, texto al que el año siguiente sucedió *Estrella de la mañana*; posteriormente sobrevinieron los que, estimo, fueron los años espiritualmente más intensos y que, para los demás, se correspondieron con los días en que, para subsistir, recorrió las provincias tocando el violín; ese íntimo proceso, como tantos, concluyó en 1942 con la segunda y definitiva internación en el Hospicio; de allí saldría esporádicamente para consultar bibliotecas y visitar a los amigos que no tardaron en extinguirse, ratificando así algún tango de Discépolo. En 1970 muere Fijman, no su sintética obra.

Quizá para dar a entender que acometía la parte central de su exposición, John Anderson se permitió una pausa retórica. El principio no pudo ser más lamentable. "La poética de Jacobo Fijman no poder ser calificada sino como misterioso", comenzó diciendo en el imperfecto castellano al que ya nos habíamos acostumbrado. El punto final de su primera oración coincidió con una estrepitosa carcajada a la que sucedió un silencio litúrgico que a varios nos sirvió para medir la estulticia de Anderson porque si la poesía de Fijman era tan misteriosa, ¿qué demonios hacía él ahí? La imbecilidad del erudito no se amilanó: "El sentido de sus versos son también enigma", con-

tinuó sereno. En este momento se puso de pie el que había reído, satisfaciendo así la curiosidad de los que no habíamos podido identificarlo. Estaba sentado en la primera fila y lo que hizo fue volverse al público al tiempo que hacía un gesto indicativo de que el conferenciante estaba rematado. Después, disciplinadamente, tomó asiento. Esta segunda y breve intervención nos sirvió, también, para advertir que se trataba de un hombre menudo, de unos sesenta años, miserablemente vestido con un viejo tweed marrón, pantalones grises y una boina que en ningún momento consideró necesario quitarse. Parecía casi un vagabundo. Pero lo que más nos sorprendió a todos fue el notable parecido físico con Jacobo Fijman, el poeta que de alguna manera nos había convocado. No pudo ser otra cosa que su rostro surrealista, conjunción de melancolía y santidad, lo que nos provocó una sensación de extrañeza que aún registro pero que no pudieron ni pueden expresar las palabras.

John Anderson continuó enriqueciendo el caos por unos diez minutos ininterrumpidos, pero resultaba evidente que ya no era el centro de la reunión. Y cuando se dispuso a hablar de John Donne como clave para entender al autor de *Molino rojo*, el desconocido volvió a interrumpir. Esta vez su audacia fue mayor. Preparados ya para todo, vimos cómo se acercaba a la mesa del orador para interponerse entre él y el público y cómo, dándole la espalda, lo hizo callar mediante el recitado de estos versos:

*Ah, se han puesto las horas
como butacas viejas
en la madera negra de mi vida.*

Todos reconocimos las palabras de Jacobo Fijman.

El desconocido prosiguió con la devoción de quien reza.

*Caminos del invierno
¿Quién sube por mis escalones?*

No sé a qué dimensión había ingresado pero admito que también creí estar escuchando la lejana voz de Fijman.

*Viajero,
hay puentes todavía por los cami-*

nos.

Escuché aplausos. Después sobrevino el muchas veces peligroso silencio. Este paréntesis fue aprovechado por unos señores (acaso de la institución) que se acercaron al hombrecito. Nadie escuchó nada pero los gestos resultaban evidentes: lo invitaba a que se fuera. Manso, obedeció. Unas diez personas abandonaron la sala con él. Hubiera querido hacer lo mismo pero la curiosidad para saber hasta dónde llegaba la valentía del profesor Anderson, hizo que me quedara. Él, que había permanecido impassible, casi tirado sobre la mesa, juzgó que era el momento de retomar la disertación. Aunque tampoco eso iba a ser posible: a sus dificultades con nuestra lengua se agregó un traidor tartamudeo que culminó en una conjunción de palabras y hasta frases inconexas que pugnaban por salir de su boca como si ya nada tuvieran que hacer dentro de él. Finalmente también el optó por el silencio. Fue entonces que me ocurrió lo que nunca me había pasado: sentí una fuerza que me impulsó a ponerme de pie y gritar casi sin reconocer mi voz: "¡Señores! ¿No se dan cuenta? Lo que el viejo que acaba de irse hizo es lo sensato: el sentido de la poesía está en la poesía misma". De lo que ocurrió después sólo recuerdo la figura de la mujer que estaba a mi lado quien, tirándome del saco me instaba a que dejara de hacer el ridículo, alguna insular ovación y un creciente griterío que precedió al enfrentamiento: los que estaban con el ausente, los que exigían que se permitiera a Anderson decir lo que quería decir, los que pedían orden y los que buscaban imponer sus opiniones...

Pocos eligieron retirarse. Tomé conciencia del desorden que había originado y lo primero que se me ocurrió fue buscar al profesor Anderson para disculparme por aquello de que lo que, en realidad, no estaba arrepentido. No tardé en descubrir que el orador había aprovechado la confusión para escabullirse. Decidí ir en su busca. Al llegar a la salida vi que llovía y que hacía mucho frío, que era tarde y que muy poca gente circulaba por la calle. Me



dejé llevar por el azar y así fue como descubrí que en el café de la otra cuadra tenía lugar una reunión cuyo centro era el viejo que había sido expulsado. Lo rodeaban sus acompañantes de exilio y algunos más. No había mucha luz en el lugar por lo que mi incursión no fue detectada. Yo sí detecté que casi oculto en una mesa más o menos distante se encontraba John Anderson quien, como avergonzado, escuchaba las palabras que salían de la boca del viejo. Parecía como embelesado y su actitud era la de un correcto alumno que atiende una cátedra de su interés. El desconocido no hacía sino recitar textos de quien parecía ya un amigo de todos. No sé cuánto duró todo el recital pero pasaron quince minutos desde mi llegada cuando el vagabundo se calló para inclinarse sobre su copita como en una actitud religiosa. Poco a poco el auditorio, que se había limitado a escuchar, se fue alejando; lo palmeaban en la espalda o intentaban saludarlo, pagaban su propia cuenta y se iban. Al quedar solo, volví a pedir ginebra. Olvidándome de Anderson se me ocurrió que ésa era mi oportunidad para acercarme a quien había cambiado el curso de una supuesta velada cultural. Cerré los ojos unos instantes para organizar mi plan de acción; en realidad, sólo perseguía satisfacer dos curiosidades: la relativa a su identidad y origen. Al abrir los ojos, el viejo ya no estaba. La cara y actitud del mozo me indicaron que el juglar había ganado la calle sin responsabilizarse por su consumición. No duró mucho la cólera del dependiente. Escuché la voz de Anderson: "No preocuparse, mí pagar". Pronto Anderson se fue; lo vi protegerse de la lluvia refugiándose en un taxi. Pagué lo mío y



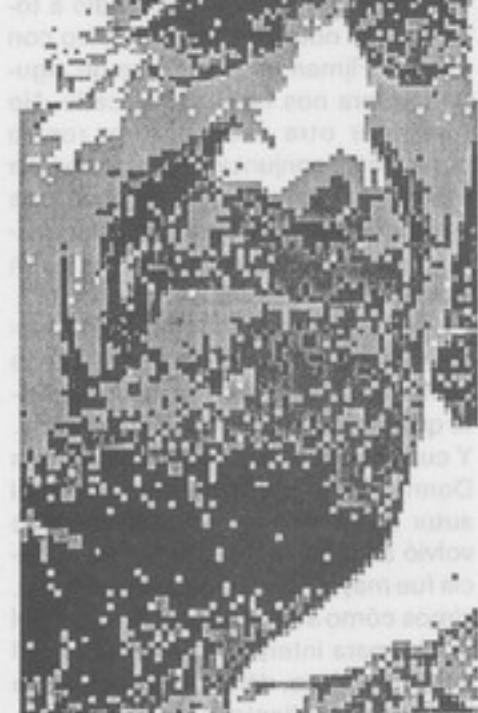
salí resuelto a dar con el viejo, desmesurado propósito que el destino una vez más me facilitó poniéndolo a mi alcance no muy lejos de ahí, en la avenida Entre Ríos.

Naturalmente, lo seguí. Iba hacia el sur. Alguna vez estuve bastante cerca de él y por los zapatos supe que su pobreza era inversamente proporcional a su aparente riqueza interior.

La lluvia se acrecentó. Muy cerca de Constitución, y ante mi asombro,

el viejo llamó un taxi. A prudente distancia hice lo mismo. La lluvia había vuelto a disminuir cuando llegábamos a la calle Barracas. Un nimio incidente automovilístico trabó y detuvo el congestionado tránsito por unos pocos minutos: los suficientes como para que el desconocido descendiera de su coche para huir a toda velocidad en sentido contrario. Pasó cerca de mí y hasta me pareció que sonreía. Llegué a ver la cara del taxista engañado que, ante la imposibilidad de perseguirlo, movía frenéticamente la boca. Pagué mi viaje y continué a pie la persecución. La escena que había presenciado, sumada a la de la ginebra, acrecentó mi curiosidad por ese anticipado habitante de la ciudad platónica. A las dos o tres cuadras se apoyó contra la pared de un viejo almacén para superar la agitación. No tardó en restablecerse.

Ya no llovía pero tan extenuado estaba que quise abandonar. Lo hubiera hecho de no haber advertido que mi perseguido se detenía ante una muralla gris que inmediatamente reconocí: aquella que había traspasado en mi adolescencia cuando visité a Jacobo Fijman. En realidad no se necesitaba ser muy sagaz para concluir en que estaba frente al Hospital Neuropsiquiátrico. Inmediatamente pensé que si quería hablar con él debía hacerlo en ese momento, porque algo le decía a este intuitivo que nunca más lo volvería a ver. No había tomado aún la decisión cuando perplejo observé que empezaba a trepar raudamente la muralla con la imprevisible agilidad de un felino. Sí, una vez y para siempre, asistí al espectáculo de quien retorna a la voraz oscuridad del cielo o del infierno.



El desconocido prosiguió con la dirección de quien se iba. Caminos del invierno. ¿Quién sabe por mis escarpados? No sé qué dirían mis amigos pero sé que también así estar escuchando la lejane voz de Fijman. Siempre hay puertas abiertas por los cantos



el viejo llamó un taxi. A prudente distancia hice lo mismo. La lluvia había vuelto a disminuir cuando llegábamos a la calle Barracas. Un nimio incidente automovilístico trabó y detuvo el congestionado tránsito por unos pocos minutos: los suficientes como para que el desconocido descendiera de su coche para huir a toda velocidad en sentido contrario. Pasó cerca de mí y hasta me pareció que sonreía. Llegué a ver la cara del taxista engañado que, ante la imposibilidad de perseguirlo, movía frenéticamente la boca. Pagué mi viaje y continué a pie la persecución. La escena que había presenciado, sumada a la de la ginebra, acrecentó mi curiosidad por ese anticipado habitante de la ciudad platónica. A las dos o tres cuadras se apoyó contra la pared de un viejo almacén para superar la agitación. No tardó en restablecerse.

Ya no llovía pero tan extenuado estaba que quise abandonar. Lo hubiera hecho de no haber advertido que mi perseguido se detenía ante una muralla gris que inmediatamente reconocí: aquella que había traspasado en mi adolescencia cuando visité a Jacobo Fijman. En realidad no se necesitaba ser muy sagaz para concluir en que estaba frente al Hospital Neuropsiquiátrico. Inmediatamente pensé que si quería hablar con él debía hacerlo en ese momento, porque algo le decía a este intuitivo que nunca más lo volvería a ver. No había tomado aún la decisión cuando perplejo observé que empezaba a trepar raudamente la muralla con la imprevisible agilidad de un felino. Sí, una vez y para siempre, asistí al espectáculo de quien retorna a la voraz oscuridad del cielo o del infierno.

El desconocido prosiguió con la dirección de quien se iba. Caminos del invierno. ¿Quién sabe por mis escarpados? No sé qué dirían mis amigos pero sé que también así estar escuchando la lejane voz de Fijman. Siempre hay puertas abiertas por los cantos